

ABRAHAM SANGHEZ ARGE, EDITOR

---

**EL CERRO  
DE LAS CAMPANAS**

(MEMORIAS DE UN GUERRILLERO.)

NOVELA HISTÓRICA MEXICANA

-POR-

**JUAN A. MATEOS.**

**TOMO IV.**

**TEPIC.**

IMPRESA DE LOS TALLERES DE LA PENITENCIARIA.

1907.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1623 MONTERREY, MEXICO





## El Cerro de las Campanas.

—¡Dios mío! todos tienen antiparras.

—¿Ya lo conoce usted, compañero?

—Sí, es Benítez, el secretario del general, trae una bola horrible, escribi día y noche, demonios de abogados,

—Con uno sólo hay para revolver al mundo entero.

Dicen que ese señor letrado es de posibles en esto del talento, que él lleva toda la correspondencia, y eso que nosotros no entendemos y que se llama política.

—Compañero, mejor estoy frente á una trinchera que en una de esas juntas, á mí me envolverían en menos de dos minutos.

—Ello es, que entre general y abogado, ya matan á los mochos.

—Los tienen desvelados.

—El secretario ha recojido la papelera, hay novedad, ese señor Benítez no guarda por antojo sus papeles.

—Cierto, él no viene sino entre la tinta, ¡demonio! hay hombres que vuelven pólvora el huizache y la alcaparrosa, y las plumas cañones rayados.

La noche seguía en silencio!

La expectativa era horrorosa.

Los jefes de las líneas no habían revelado á nadie las órdenes del cuartel general.

La primera luz disiparía las dudas y las sombras.

El general Díaz se paseaba inquieto por una de las piezas del edificio que se levantaba en la cumbre del cerro de San Juan.

Su secretario, el Lic. Benítez, estaba sentado á una mesa donde había unos pliegos de papel, y minutas á medio empear.

Faustino Vázquez desde un rincón, acechaba al general y sacaba el reloj con mucha frecuencia.

Benítez aventuró la primera palabra.

—No hay otro remedio, dijo, el plan es el único y el mejor combinado.



—Levantar el campo, dijo el general, sería confesarme derrotado. Márquez está á una jornada de nosotros, es necesario jugar el todo por el todo. Después, continuaba más agitado, sirve más á la causa de la república que corra nuestra sangre sobre esas trincheras, que desprestigiarla con una fuga vergonzosa. Señores, no hay disyuntiva, ó morimos esta noche ó la república se salva.

Aquel joven hablaba con la fé del corazón y el aliento del patriotismo.

Era necesario en situación tan crítica confiarle el éxito á la fortuna.

La empresa acometida por los republicanos era enteramente loca.

Puebla jamás había sido tomada por asalto.

Más de cuarenta sitios habían sostenido aquellas murallas.

La juventud de hoy ha presenciado tres asedios que forman época en nuestra historia.

Dos, sostenidos por frailes hasta hundirse en el abismo del olvido y es la desesperación, y otro glorioso en que González Ortega al frente del ejército mexicano, detuvo sesenta y tres días al ejército de Napoleón III.

La plaza en los tres sitios había capitulado después de resistir rudos y valientes asaltos.

Parapetado el ejército imperial y poco avanzados los trabajos de zapa, el asalto era la derrota.

Tres mil hombres mal armados, con una parada por plaza, y una escasa artillería, no eran el elemento para la toma de Puebla.

Querer llevar á cabo lo que no habían conseguido ejércitos agnerridos, querer penetrar en esos muros donde había retrocedido ametrallada la bandera de Inkerman y Sebastopol, querer trazar una página solo bosquejada en la historia de los combates, era escalar el cielo de la gloria por derecho de conquista, era quemar las naves delante de la muerte, ¡era llamar á las puertas de la eternidad con la empuñadura de la espada!

## IX.

Las sonoras campanas de la catedral de Puebla dieron el solemne toque del *Ave María*.

Levantóse Faustino Vázquez, y tomando permiso del general salió apresuradamente del aposento.

Porfirio Díaz y Benítez se estrecharon la mano y se separaron.

A pocos momentos una llama terrible, como la del Sinaí, se alzó de la cumbre del cerro de San Juan.

A la luz de aquel incendio respondió el ruido de la artillería lanzada sobre los parapetos.

La plaza contestó con una tormenta de fuego.

Todas las dudas quedaron disipadas, se trataba de un asalto en toda forma.

Media hora jugó la artillería, el rayo de la muerte.

¡Media hora terrible!

Los clarines tocaron al asalto.

Las trece columnas se lanzaron con denuedo sobre las trincheras á pecho descubierto.

Los sitiados arrojaban granadas de mano que hacían un estrago formidable.

Los asaltantes llegaron á los fosos diezmados por el bronce.

La infantería hizo sus descargas cerradas, y pocos momentos después se empeñaba en todos los puntos un combate sangriento y desesperado á la bayoneta.

Cinco columnas fueron detenidas en su marcha por el bronce de los cañones.

Las otros ocho, arrollando á los sitiados, ¡penetraron simultáneamente y llegaron al centro de la plaza victoreando á la república y á la libertad!

Porfirio Díaz y Faustino Vázquez, con sus pistolas montadas, penetraron con arrojo por las horadaciones de Guadalupe y se presentaron en esos momentos entre el ejército vencedor.

Rivero, Marin, Bringas y otros valientes estaban al lado del general.

Alatorre, Terán, Ocampo y otros bravos, al frente de los batallones de Oaxaca y Veracruz, habían hecho prodigios de valor.

—¡La República está salvada! gritó Porfirio Díaz con las lágrimas en los ojos.

A su voz respondieron mil vítores de entusiasmo y admiración.

Miguel Veraza después de entrar al frente de su columna entre el fuego enemigo, sacó unas ambulancias de los austriacos y comenzó á recoger á los heridos.

Veraza no se cambiaba en aquellos momentos ni por Alejandro el Grande.

Estaba en su elemento.

—Lo dicho, gritó el capitán: ¡Porfirio Díaz y su jefe de Estado Mayor Faustino Vázquez tiene pacto con el diablo!



## X.

Los defensores del punto de San Agustín resistieron unos momentos más, después se rindieron á discreción.

En el patio del convento se fusilaron á varios jefes, entre ellos al general Quijano.

Al día siguiente subió al cadalso el miserable Trujeque, que había desertado tres veces de las filas republicanas.

Los restos del ejército imperial se refugiaron en los cerros de Loreto y Guadalupe.

El ejército republicano movió sus columnas sobre esos puntos.

El día 4 el general Tamariz entregó su espada en manos de Porfirio Díaz, quien respirando caballerosidad en todas sus acciones, permitió al vencido que conservase su acero.

¡Puebla de Zaragoza estaba en poder de la república!

¡La toma de la ciudad es la epopeya en el altar glorioso de las batallas dadas en la segunda época de la independencia mexicana!

El nombre de Porfirio Díaz se enlaza á la corona del vencedor de los franceses, y en la frente de aquella ciudad aparecerán brillantes en el porvenir la fecha memorable del 5 de Mayo de 862 y la del 2 de Abril de 867.

Porfirio Díaz recibió un parte en que se le anunciaba que la señorita Delfina Ortega era ya su esposa.

Aquella alma resplandeciente de felicidad se evaporó en un perfume del cielo perdonando á los que lealmente había vencido en el campo de batalla.

## CAPITULO DECIMOCUARTO.

## LAS CINCO BATALLAS.

## I.

Porfirio comprendió que la noticia de la pérdida de Puebla debía desconcentrar al general Márquez, y que aquel era el momento oportuno para batirlo.

El general republicano no se engañaba en sus cálculos.

Márquez se encontraba improvisamente en una situación difícil á treinta leguas de su centro de operaciones.

La nueva del valeroso asalto del 2 de Abril dejó confuso y abismado á ese miserable, que nunca ha sabido combatir lealmente y para quien el valor y la honra son palabras sin sentido ni significación alguna.

Desde luego pensó en la retirada.

La fuga es la idea dominante de ese asesino vulgar.

Porfirio Díaz refundió en sus batallones á los prisioneros de la clase de tropa, se reunió á Leyva con sus caballerías, é hizo ingresar en sus filas á todas las partidas sueltas y guardaciones para poder presentarse en un número suficiente ante la división de Márquez.

Contaba el general con toda clase de municiones tomadas en Puebla.

Además, había ordenado al valiente coronel Jesús Lalanne que con su corta fuerza detuviese á Márquez, aunque lo hiciese pedazos.

Lalanne cumplió con las órdenes de Porfirio sabiendo positivamente que lo habían de derrotar.

El pundonoroso y arrojado coronel, detuvo al enemigo.

Los batallones quedaron en cuadro; pero el honor de la república muy alto, y bien puestos sus estandartes.

Lalanne se reunió al ejército, que saludó á sus hermanos victoriosos y heroicos en la derrota.

En San Diego del Notario tuvo lugar otro encuentro con las caballerías que espedicionaban sobre el valle de México y que á marchas dobles se dirigían al campamento de Porfirio Díaz.

Otros dos encuentros tuvieron lugar en el tránsito del camino de Huamantla hasta el campo de San Lorenzo, donde las infanterías dieron alcance al ejército imperial.

La hacienda de San Lorenzo es una finca magnífica de los Llanos.

Está situada al pié de la cordillera de esas montañas que forman la sierra donde se asienta el Popocatepetl, rey de los volcanes de América.

## II.

En la casa de la hacienda hizo alto el general Márquez el día ocho de Abril y permaneció todo el día nueve.

Porfirio dispuso seis columnas de ataque, avanzó la artillería